

## EN LA LÓGICA DE LA FRONTERA: REPRESENTACIONES MIOPESES, GUERRA Y TERRITORIALIDAD EN TUMACO (COLOMBIA)

## THE LOGIC OF THE BORDER: REPRESENTATIONS, WAR AND TERRITORIALITY IN TUMACO (COLOMBIA)

**Angélica Franco Gamboa<sup>1</sup>**

Universidad El Bosque. Colombia  
anfrancoga@unal.edu.co

**Germán Andrés Molina Garrido<sup>2</sup>**

Universidad El Bosque. Colombia  
molina.german@unbosque.edu.co

---

<sup>1</sup> Angélica Franco Gamboa es Dra. en Antropología por la Universidad Nacional de Colombia, Magíster en Antropología por la Universidad de los Andes y Psicóloga por la Pontificia Universidad Javeriana. Es profesora asociada de la Universidad El Bosque en la que se desempeña como docente, investigadora y directora de la Especialización en Psicología Social, Cooperación y Gestión Comunitaria y de la Maestría en Psicología. Es investigadora del Grupo Conflicto Social y Violencia de la Universidad Nacional de Colombia. Su línea de investigación se articula alrededor de las experiencias de sufrimiento social ocasionadas por acontecimientos de conflicto armado y despojo territorial y la reconstrucción de la vida diaria que los seres humanos gestionan de cara a la actualización de la violencia que los actores burocráticos y los profesionales hacen en nombre del Estado y la ciencia. Es miembro de SURCOS, Red Internacional de Territorio y Territorialidades en América Latina.

<sup>2</sup> Germán Andrés Molina es Magíster en Antropología por la Universidad de los Andes y Politólogo por la Universidad Nacional de Colombia. Es director de la Oficina de Relaciones Interinstitucionales e Internacionales de la Uniclaletiana y Jefe de Investigaciones de los Laboratorios Vivos de Innovación y Cultura de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, seccional del Caribe (Cartagena de Indias). Se desempeña como docente de la Especialización en Psicología Social, Cooperación y Gestión Comunitaria de la Universidad El Bosque. Su línea de investigación se articula alrededor de los fenómenos político-culturales y territoriales emergentes en contextos de violencia y conflicto social. Es miembro de SURCOS, Red Internacional de Territorios y Territorialidades en América Latina.

## Resumen

Este artículo analiza la lógica de la frontera que subyace a los procesos de territorialización adelantados por actores armados en el marco de la violencia política y el narcotráfico en el suroccidente de Colombia y la invisibilización de las experiencias de sufrimiento de víctimas del conflicto armado pertenecientes a un grupo étnico asentado en esta región. A partir de una etnografía elaborada entre 2011 y 2015, este trabajo muestra cómo la epistemología de frontera y los estudios socioterritoriales del Pacífico constituyen un lente teórico y metodológico relevante, para la comprensión de la indiferencia ante territorios y poblaciones atravesadas por las dinámicas de la guerra, la coca, las economías extractivas de capitales nacionales y multinacionales y la diversidad étnica y cultural. En este escenario, donde persiste un efecto colonial, cobra importancia la noción de periferia, vinculada con un Estado centralista y con la categorización de las personas en ciudadanos de primera y de segunda.

**Palabras clave:** Indígenas Awa - Minas antipersonal – Territorialidad – Guerra – Diversidad – Periferia

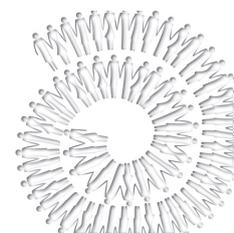
## Abstract

The deny of the situation of landmine survivors belonging to the indigenous Awa in Colombian southwest, and the representations of otherness in a war zone were the starting point to analyze, in this ethnography, how the epistemology of borders and socio-spatial studies in the Colombian Pacific constitute an important theoretical and methodological perspective to understanding the difficult access to territories and populations crossed by the dynamics of the war, the drug trade, extractive economies of national and multinational capital and the ethnic and cultural diversity. In this frame, where a colonial effect persists, the notion of periphery, linked to a centralized state and the categorization of people in first and second citizens becomes important.

**Keywords:** Awa People – Landmines – Territoriality – War – Diversity - Periphery

Recepción. 14-07-2016

Aceptación:11-09-2017

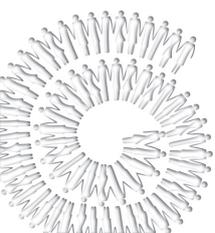


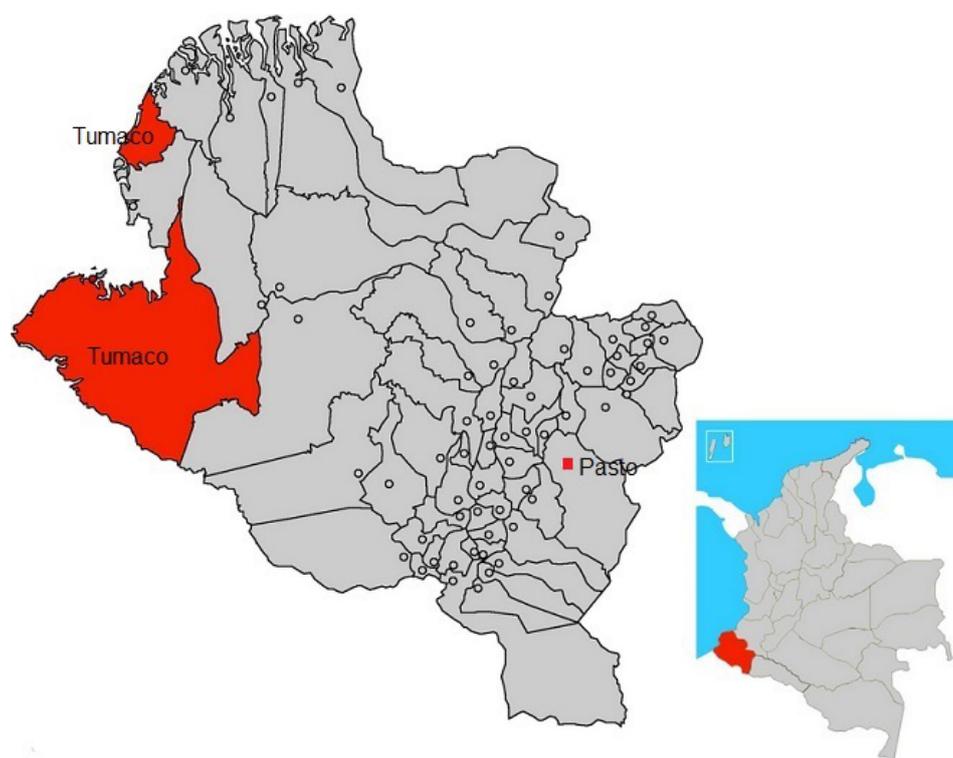
## INTRODUCCIÓN

El conflicto armado interno, uno de los fenómenos más característicos de la situación sociopolítica de los pueblos latinoamericanos en la segunda mitad del siglo XX, ha generado en Colombia experiencias colectivas de daño y sufrimiento, que al 2017, son encarnadas por casi 20% de la población de este país. Entre los hechos victimizantes desplegados a lo largo de la guerra se incluyen abandono o despojo forzado de tierras, atentados, combates, delitos contra la libertad y la integridad sexual, desaparición forzada, desplazamiento, homicidio, secuestro, tortura, vinculación de niños, niñas y adolescentes al conflicto y daños por minas antipersonal (República de Colombia, 2015).

En este contexto, estudios etnográficos adelantados entre 2006 y 2009 alrededor de las formas socioculturalmente diferenciadas del sufrimiento social ocasionadas por el uso de minas antipersonal en distintas regiones de Colombia, tales como el Magdalena Medio santandereano (El Carmen y San Vicente del Chucurí) o el oriente del Departamento de Caldas (Manzanares, Samaná y el corregimiento de la Florencia), mostraron que un acontecimiento como este y las experiencias de sufrimiento extremo de quienes son víctimas difícilmente pasarían desapercibidos entre las personas que habitaban cada lugar (Franco, 2013a, 2013b). Tanto en las administraciones públicas como en el más local de los contextos de las áreas rurales investigadas, estos trabajos mostraron la amplia visibilidad de las víctimas entre las personas asentadas en cada territorio, así como las redes de apoyo familiares y comunitarias activadas para contener las lesiones individuales y colectivas. Por esto, la tendencia contraria que encontramos en Tumaco suscitó más preguntas que respuestas.

Este artículo deriva de una etnografía reflexiva desarrollada entre los años 2011 y 2015, tanto en la cabecera municipal como en las veredas del municipio de Tumaco, departamento de Nariño, Colombia. La investigación se realizó mediante técnicas de recolección de información que incluyeron la observación participante y la entrevista de profundidad. Se usaron como mecanismos de registro: el diario de campo, la cámara fotográfica y la grabadora de audio. Todo el material empírico recolectado fue sistematizado, analizado y enriquecido con información proveniente de fuentes periodísticas y fuentes teóricas secundarias que facilitaron el proceso de triangulación.



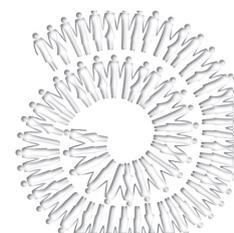


**Figura 1.** Centro de Coordinación de Acción Integral (CCAI-Colombia) (s.f.). Mapa de Tumaco<sup>3</sup> en Nariño, Colombia.

Fuente: recuperado de <http://ccai-colombia.org/2011/06/09/en-la-convulsionada-tumaco-pocos-avances-2/>

El artículo está organizado en cuatro partes. En la primera, nos ocupamos de situar la lógica de frontera que permea la comprensión de la actual situación en Tumaco, a través de un análisis de la relación histórica entre lo nacional y lo regional; en la segunda, ubicamos el marco teórico de los estudios socioterritoriales en el Pacífico colombiano, relevantes para la comprensión de los procesos de territorialización instalados por actores de la guerra y del narcotráfico en el Pacífico suroccidental colombiano; en la tercera, ahondamos en la reflexión sobre las representaciones miopes frente a los territorios y las poblaciones de Tumaco, con especial énfasis en la representación de lo indígena; y por último, a modo de conclusión, situamos reflexiones acerca de la importancia de insistir en acciones participativas orientadas a hacer perceptible la radicalidad del sufrimiento del otro en contextos en los que la lógica de la frontera neutraliza la posibilidad del reconocimiento y de la empatía.

<sup>3</sup> Tumaco está dividido en 177 corregimientos y cinco comunas. En el 2010, de acuerdo con el Departamento Nacional de Estadística (DANE), se registraba una población de 179,005 habitantes. De estos, 53% vive en el casco urbano, solo 5,7% tiene acceso a alcantarillado y 29% a acueducto. "Ninguna de las poblaciones de la zona rural cuenta con acceso a este tipo de servicios" (Van der Hammen, Frieri, Navarrete, Zamora, García, Fernández & Pinilla, 2016, p.13). El 18% de la población en Tumaco no tiene acceso a ninguna clase de educación y solo 3% cursa estudios universitarios o técnicos. El 43,5% de la población residente en Tumaco ha alcanzado el nivel de básica primaria y 26,1% la básica secundaria, el 2,5% la educación media o técnica profesional y 0,5% estudios de especialización, maestría o doctorado (Van der Hammen, Frieri, Navarrete, Zamora, García, Fernández & Pinilla, 2016, p.17).

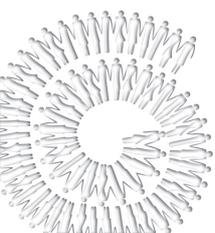


## 1. Entre Bogotá y Nariño, uno dice ¡nooo!, es que nosotros no nos sentimos parte de Colombia

*Lunes 16 de Julio de 2012, 6.25 de la mañana.* Sala de espera de “vuelos regionales” en el aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón del municipio de Palmira, Valle del Cauca. Con no más de veinticinco metros cuadrados, poca iluminación, huellas de polvo sobre las paredes y deterioro de las sillas, esta sala da cierta sensación de abandono y precariedad, produciendo una estética distante de la sala de “vuelos nacionales” del mismo aeropuerto, dotada con servicios que oscilan entre el Wifi, la estación de café, la heladería, sillas en buen estado, televisores y comercio artesanal. Hay aproximadamente dieciocho afrocolombianos esperando a que nos den la señal para abordar uno de los dos “fokkersitos”, un avión de carga para rutas cortas, de una de las aerolíneas que vuelan diariamente hacia el municipio de Tumaco, en el Departamento de Nariño, situado aproximadamente a cincuenta minutos de distancia en avión y quince horas en transporte terrestre desde Cali, la capital del Valle del Cauca. Tan pronto dieron la señal de abordaje, nos solicitaron a todos los pasajeros hacer una fila, poner nuestros equipajes de mano en una mesa metálica y abrirlos para revisar su contenido. Un poco extrañados por la demanda realizada a los pasajeros de este vuelo, cuando llegó nuestro turno le preguntamos al funcionario de la Policía que desempeñaba la labor porqué nos hacían abrir los equipajes de quienes viajábamos hacia Tumaco. “Porque es una orden”, contestó de manera cortante. Después de la revisión intrusiva de nuestro equipaje, caminamos hasta la puerta de embarque, bajamos por unas escaleras y mientras nos dirigíamos al avión, observamos que el resto de los pasajeros identificaban sus equipajes de bodega dispersos sobre el piso. Al llegar nuestro turno, un funcionario de la aerolínea nos indicó que si no hacíamos el reconocimiento de nuestro equipaje este no sería montado al avión, de modo que hicimos el reconocimiento y nos dirigimos al foker dilucidando cierta asociación entre quienes viajaban a Tumaco ese día con la ilegalidad, o al menos con la sospecha (Diario de campo, julio 16 de 2012).

Abordamos el avión aproximadamente cincuenta personas. Casi todos hombres, en su mayoría afrocolombianos y algunos mestizos que por tener inscrita la marca de una compañía petrolera entre muchas de sus pertenencias, dedujimos que se dirigían a la costa nariñense por motivos laborales vinculados con el sector de los hidrocarburos. Eran las 8 de la mañana cuando arribamos al aeropuerto La Florida del municipio de Tumaco. Necesitábamos llegar a las oficinas de la Personería lo más pronto posible para constatar las palabras de Ana, una tumaqueña afrocolombiana residente en Cali y nuestro único primer contacto con la región: “Ahí, en Tumaco, no hay víctimas de minas antipersonal, eso no se ha escuchado” (Diario de campo, julio 16 de 2012).

Luego de aterrizar, muchos otros afrocolombianos, incluido el taxista que nos transportó hacia el hotel, harían la misma afirmación: “Aquí no se ha escuchado nada de eso:



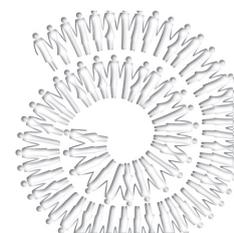
ni en veredas, ni en el casco urbano... menos se ha escuchado hablar de personas específicas”, logrando agudizar una experiencia de ansiedad con la que lidiábamos diciéndonos que esto forma parte del trabajo de campo. Más o menos a las 4 de la tarde del mismo día de nuestra llegada, pudimos reunirnos con Yuli (afrodescendiente, 24 años), una funcionaria de la oficina de la Secretaría de Gobierno con quien nos contactó la misma Ana. Yuli nos confirmó que en Tumaco sí había víctimas de minas antipersonal, nos suministró unas estadísticas que extrajo de la página Web de la institución estatal encargada de monitorear el tema en el país: el Programa de Acción Integral contra Minas Antipersonal (en adelante PAICMA) y, sin ningún tipo de restricción, nos entregó una base de datos del año 2011 en la que se especificaban algunos elementos (como apellidos, nombres, número de identificación, edad, teléfono, ubicación, tipo de afectación, etnia y fecha del accidente) de sesenta y cuatro personas que le había proporcionado un consultor del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en Pasto:

La población se encuentra muy abandonada. Solo tenemos estos referenciados, no sabemos en realidad cuántos son indígenas, cuántos afrodescendientes, cuántos cayeron en actividades de erradicación de cultivos ilícitos, cuántos son de aquí y cuántos no. Tampoco tenemos el tiempo de hacer análisis rigurosos. Si sabes algo, por favor nos cuentas. (Yuli, julio 16 de 2012).

Entre los datos incompletos que la lista suministraba, se señalaba la “pertenencia étnica” de solo treinta y nueve personas entre las que se incluían seis afrodescendientes, quince mestizos, ocho indígenas y diez “militares”, como si este último rótulo diera cuenta de la etnia. Nos preguntábamos cómo es posible tal invisibilización, por qué la administración pública da cuenta de esta población de manera tan vaga, por qué dejar en manos de una mirada foránea como la nuestra el reconocimiento de la población, e incluso, por qué una organización en Pasto es la que provee información sobre las víctimas en el ámbito local de Tumaco.

Cuando indagamos por las localizaciones precisas de las víctimas que se señalaban en la base de datos, Yuli y un funcionario de la Unidad de Víctimas expresaron advertencias concretas de peligro si queríamos aproximarnos a la zona, dejando entrever algunas representaciones del piedemonte entre quienes habitan la costa. Las expresiones de nuestros primeros informantes nos hicieron cuestionar adicionalmente por qué los mismos nativos no pueden dar cuenta de rutas de acceso a las localizaciones de las víctimas. ¿Dónde están las víctimas de las minas antipersonal en Tumaco? ¿Quiénes son?

“Así como entre Bogotá y Nariño uno dice ‘nooo, es que nosotros no nos sentimos parte de Colombia, porque el alto gobierno nunca mira hacia nosotros, nunca nos contribuye, nunca nos colabora; dentro de Tumaco se da igual, es decir, la gente del casco urbano,

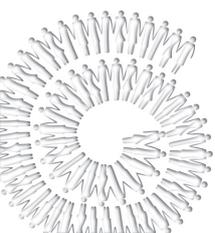


de El Morro, tiene aislado al sector veredal” (18 de julio de 2012). Esto fue lo que manifestó John Jairo (afrodescendiente, 23 años), estudiante universitario habitante del casco urbano, cuando le preguntamos por la localización precisa de las víctimas señaladas en la base de datos. Así saltó a la vista el matiz estructural que explica los interrogantes planteados por el campo desde el primer día: las representaciones de la gente de El morro en torno al piedemonte costero o el “sector veredal”, se construyen a partir de la miopía de un centro que *no mira* a la periferia, llámese en el primer caso Bogotá o Tumaco y en el segundo, Nariño o las veredas.

Para ser más explicativos, tomaremos prestados de la historia algunos elementos que permitan comprender las particularidades de la relación entre “Bogotá y Nariño” señalada por John Jairo. El punto de partida de este recorrido histórico será el *estereotipo pastuso*, que no por ser pastuso hace referencia únicamente a los nativos de Pasto. Eduardo Zuñiga Eraso (2002), antropólogo nariñense, dice que en el concierto nacional, el estereotipo pastuso se aplica a todos los nariñenses que habitan la zona Andina del Departamento: “Pastuso es quien haya nacido indistintamente en Ipiales, Túquerres, Sandoná, Samaniego o cualquier otro municipio de la sierra” (p.61). En efecto, bajo este estereotipo se fundan los “chistes pastusos”, cuyas interpretaciones dan cuenta de un consenso nacional que asigna a los habitantes de esta región el (sub)valor de tontos.

Cuatro elementos históricos rastreados por Zuñiga que subyacen al estereotipo son bastante sugerentes para conceder cierto trasfondo a esta etnografía. En primer lugar, se encuentra la descripción despectiva que los primeros cronistas españoles proyectaron de la región nombrada por ellos como “*el reino de los opurana*”, expresión erróneamente traducida del quichua al castellano como “tonto” y cuyo verdadero significado es, de acuerdo con Larrain (1980, citado por Zuñiga, 2002) ‘el que no entiende una lengua’ (p.65). En segundo lugar, está el rótulo “el estigma de la patria” que le fue adjudicado al Departamento de Nariño después de sus constreñidas y resentidas contribuciones al proyecto independentista liderado por Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, debido a su creencia firme en el poder divino del rey.

En tercer lugar, se halla el aislamiento geográfico y sus repercusiones en el tardío desarrollo tecnológico e industrial de la región. Aunque parezca increíble, a comienzos del siglo XX, el aislamiento geográfico entre Nariño y el resto de Colombia tomaba las dimensiones que describimos a continuación. De acuerdo con Fortunato Pereira Gamba, ingeniero, rector (sic) de la Facultad Nacional de Matemáticas e Ingeniería de la Universidad de Nariño en 1905 y autor del texto *La vida en los Andes colombianos*; la travesía que debía realizar una persona para viajar de Bogotá a Pasto –la capital del Departamento de Nariño– implicaba “bajar de Bogotá a Honda, tomar un ferri para ascender por el río Magdalena hasta Barranquilla. De ahí embarcarse hasta Panamá, cruzar el Istmo y navegar a Tumaco. En Tumaco, cruzar la bahía para ascender por el

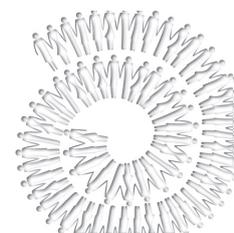


río Patía y después por el río Telembí hasta llegar a Barbacoas. De Barbacoas, tomar un difícil camino de herradura para llegar a Túquerres y de ahí, finalmente, arribar a Pasto” (Zuñiga, 2002, p.121). Solo hacia la década de los treinta se abrió la carretera que comunicaría a este Departamento con el resto del país, resolviendo la necesidad de hacer semejante travesía además del atraso industrial y tecnológico que, en comparación con otros rincones de Colombia, era muy evidente y avivaba el estereotipo.

Y, en cuarto lugar, habría que señalar el racismo que alimentó el prototipo civilizatorio de los ideólogos de la nación en el siglo XIX y en los albores del siglo XX y el modo como desde ahí se significó a Nariño, una región con uno de los índices más altos de población indígena en toda Colombia. Entrado el siglo XX, en la voz de algunos líderes de la nación como Laureano Gómez (caudillo conservador de los años cincuenta y presidente de la República) y Luis López de Mesa (connotado intelectual e internacionalista conservador colombiano), el indio era rotulado como “físicamente feo y con defectos inherentes a su raza, como la inclinación al hurto, a la crueldad, a la cobardía, al embuste, a la bebida embriagante, a la promiscuidad sexual y a la mugre” (López de Mesa, 1970, citado por Zuñiga, 2002, p.124). Por supuesto, este universo de categorizaciones serían atribuidas al nariñense de “fuerte carga genética india” (p.125), situándolo en un lugar inferior dentro de la escala delimitada por lo deseable y lo no deseable para la nación y su proyecto civilizatorio. Los calificativos de *tonto*, *estigma de la patria*, *atrasado* e *indio* dotarían de contenidos generalizantes al estereotipo pastuso, que asumimos aquí, como un indicador de la lógica clasificatoria que atraviesa la relación entre el territorio nariñense y el resto de la nación. Estos aspectos constituirían la justificación del ataque burlón del que Nariño ha sido objeto en Colombia y le daría formas simbólicas a aquellos aislamientos impuestos geográficamente y que fueron anunciados por John Jairo.

Así las cosas, la distancia manifestada entre lo “regional” y lo “nacional” en la terminal aérea de Palmira era un prefacio de la lógica clasificatoria que jerarquiza a “la comunidad imaginada”, como lo diría Benedict Anderson y que atraviesa a toda América Latina (Lomnitz, 2010; Hobbsbawm, 2010) configurando ciudadanos fuertes y ciudadanos débiles y que opera de una manera muy singular en la construcción de las relaciones generadas entre “el alto gobierno que nunca contribuye y nunca mira” con el Nariño andino. Estas condiciones, detonantes de sentimientos (des)vinculantes o de “no pertenencia”, empezaron a explicar por qué no podíamos ver lo que indagábamos.

Otros elementos hallados en el terreno nos permitieron explicar con mayor profundidad otra pieza contenida en la afirmación de John Jairo: “El aislamiento que El morro hace del sector veredal” y, por ende, la invisibilización de quiénes eran y dónde estaban las víctimas. Norvey (afrocolombiano, 54 años) y Roberto (mestizo, 56 años), un ingeniero y un antropólogo que habitaban el casco urbano, pusieron de relieve aspectos reveladores vinculados con las formas que en el municipio de Tumaco ha adquirido la *territorialidad*.



La territorialidad descrita por Roberto, el antropólogo, giró en torno a las particularidades de la relación socioeconómica entre la costa y el piedemonte andino nariñense y la relación socioeconómica entre la costa y el conjunto de la región delimitada en el mapa N° 2 de este capítulo:

El país fue pensado centralistamente. Eso hace que el desarrollo no esté cerca de los ríos. A estas comunidades les falta concluir lo básico ¡tanto!, que a veces no se puede pensar en lo fundamental ni en lo estratégico ni en lo macro a más largo tiempo. El alcalde tiene que resolver el día a día. Hay una planeación de cortísimo resultado [...] la gente tiene que presionar por necesidades muy básicas, de manera que el desarrollo de mediano y largo plazo en estas comunidades es difícil [...]. Hay que ver en un contexto histórico lo que ha pasado con Tumaco. Esta zona la ha controlado siempre el empresario vallecaucano, no gente de adentro porque incluso de parte del nariñense la inversión privada es mínima o nula... ¡escasa! El pastuso o el nariñense andino con respecto al afrodescendiente tumaqueño, los negros y demás ¡nada que ver! Hay una desatención del desarrollo de la región y en cambio ese espacio sí lo ha copado la empresa privada de Cali, de Medellín, con las grandes extensiones de palma, con las grandes inversiones en ganadería, con las inversiones en camaronerías que trae debajo una oxigenación de recursos calientes [es decir, asociados al narcotráfico]. (Roberto García, antropólogo, 18 de julio de 2012).

## **2. La lógica de frontera: el nariñense andino con respecto a los negros ¡nada que ver!**

Como lo señala Roberto, se hace necesario ampliar el espectro y detenerse en algunas consideraciones que den cuenta de los antecedentes históricos de esta territorialidad. Para esto, tendremos en cuenta los “estudios socioterritoriales en el Pacífico” (García, 2009; Aprile Gniset, 2004; Hoffman, 1999; Villa 2004) que constituyen un lente interdisciplinar enmarcado por la Antropología, la Historia y la Geografía, importante para situar los efectos del centralismo en el desarrollo y en la territorialidad de la costa nariñense en el pasado y en el presente.

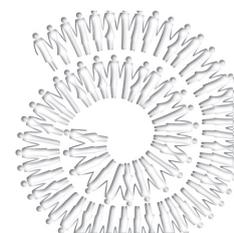




**Figura 2.** Mapa N° 2. Región del Pacífico Sur.

De acuerdo con Oscar Almario García (2009), antropólogo e historiador dedicado al estudio del Pacífico Sur colombiano, esta región comprende el territorio que inicia en el norte con el río San Juan del Municipio de Buenaventura en el Valle del Cauca hasta el río Mataje en la frontera con el Ecuador en el Municipio de Tumaco (Nariño), pasando por el Departamento del Cauca; y desde la cordillera Occidental hasta la línea costera del litoral pacífico colombiano (ver Figura 2). Según el autor, la lógica de “frontera”, la misma que invisibiliza las particularidades de ellos acá y de nosotros allá, debe permear la mirada de quien investiga el Pacífico colombiano, así:

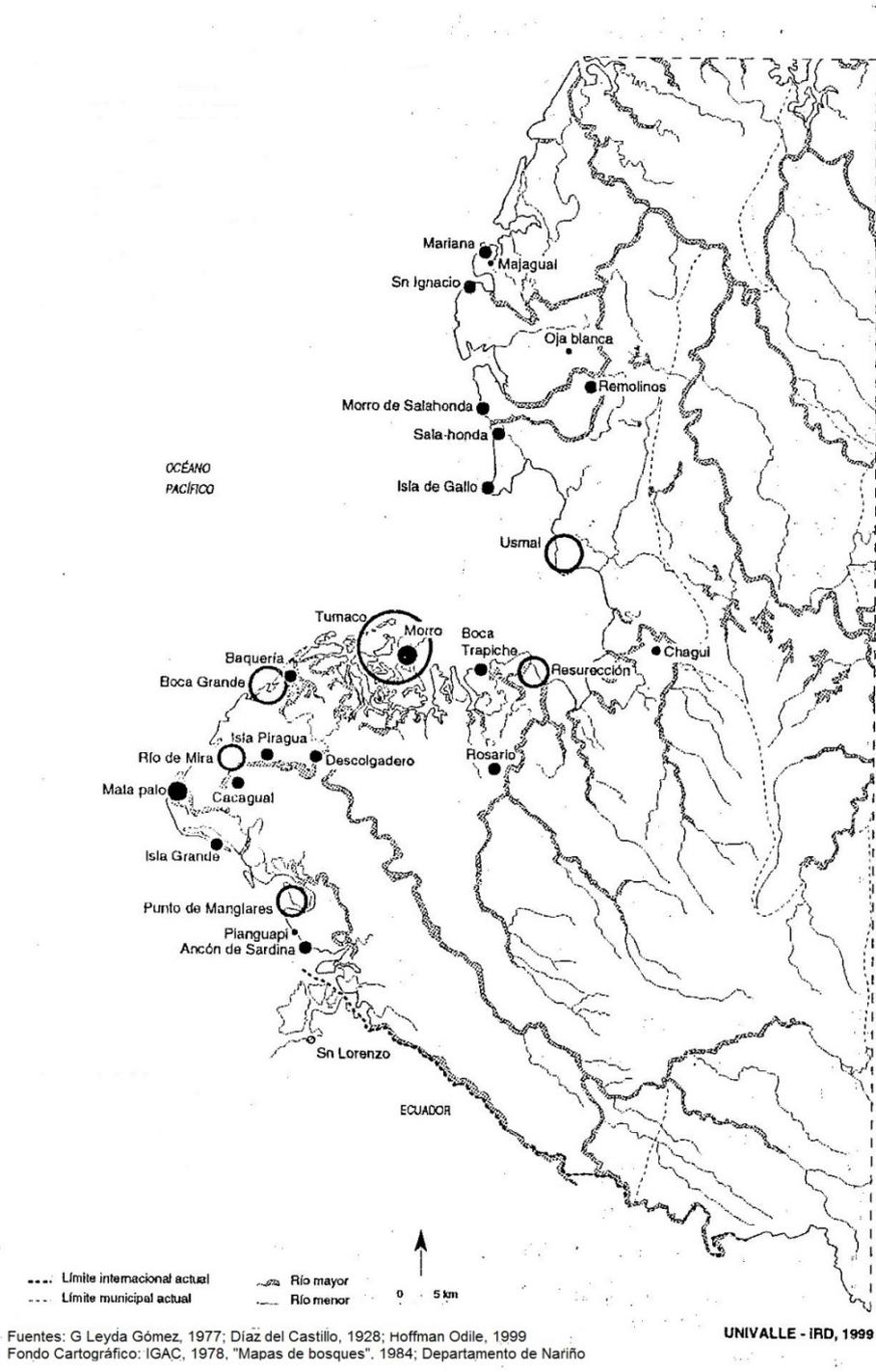
Un análisis complejo del espacio social del Pacífico colombiano debe integrar las nociones de frontera económica, frontera cultural y simbólica, [frontera] político-administrativa, la formación de territorios y de ecosistemas. Como sabemos, esos “contextos” están definidos por experiencias múltiples de ocupación, dominación, explotación e imposición de lógicas políticas y culturales de unos grupos sobre otros, que sin embargo no pueden ser interpretadas con dicotomías simplistas, en el sentido de que de un lado es negativo (los dominadores) y del otro positivo (los dominados y subalternizados). Mucho menos cuando, en América Latina, la relación entre la colonialidad y la modernidad no se puede seguir entendiendo como dos momentos radicalmente distintos que se suceden en el tiempo, sino como continuidades imaginarias que influyen una sobre la otra. (García, 2009, p.2).



Es esa lógica de frontera, en perspectiva histórica, la que describiremos a continuación. A nivel político administrativo, los estudios sobre la construcción socioespacial del Pacífico Sur colombiano muestran que, durante el siglo XIX, después de la abolición de la esclavitud en 1851 y en la primera mitad del siglo XX, el gobierno centralista experimentaba serias dificultades para administrar la relación entre el territorio andino y el territorio costero en el Pacífico colombiano. Así, en 1852 la Costa Pacífica es dividida en tres provincias separadas del territorio andino: Chocó, Buenaventura y Barbacoas y luego, en 1950, el Pacífico es repartido entre cuatro Departamentos –Chocó, Valle, Cauca y Nariño– cuyas capitales, situadas en los altiplanos andinos, tendrían el control sobre las costas “manteniéndolas en un estado de dependencia” (Hoffman, 1999, p.19). Este hecho, por ejemplo, redundaría particularmente en la costa nariñense, en una no identificación temprana con el conjunto de la región, quedando “periférico, marginado y sin territorialidad jurídica” (Hoffman, 1999, p.15 a 21). Así, a nivel económico, esta organización administrativa hizo que el control de recursos quedara en manos de élites radicadas en la sierra, quienes de acuerdo con sus intereses controlaron desde arriba o desde el altiplano la explotación y comercialización de los recursos “sin intervenir decididamente en la construcción territorial” (Hoffman, 1999, p.22). Desde el siglo XVIII en el Pacífico sur, la apropiación del territorio estaba dada por el poblamiento de indios y negros que adelantaban una colonización endógena, ya fuera por la vía de la insumisión o el cimarronaje o por la de la manumisión desde 1851 con la liberación de los esclavos negros (Aprile Gniset, 2004).

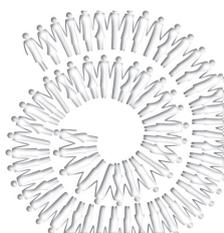
Las fronteras simbólico-culturales que parten de la dicotomía entre lo civilizado y lo salvaje adquirieron forma mediante las representaciones que blancos y mestizos andinos tenían de la costa y el piedemonte andino nariñense. En estas, la región era significada como una “hostil y densa red de enclaves a lo largo de los ríos, entre los cuales se extienden vastos espacios vacíos y no controlados” (Hoffman, 1999, p.27). Por esta razón, a diferencia de otras regiones del Pacífico, desde finales del siglo XVIII aquí se configuraron formas originales de asentamiento, se fabricaron modelos propios de explotación del medio como el minifundio esparcido o la explotación agrícola fluvial (Aprile Gniset, 2004; Hoffman, 1999) y se desarrollaron modos particulares de vida material y espiritual ajenos a la sociedad global, que no se escaparon de los prejuicios y estereotipos de los andinos. Después de la abolición de la esclavitud, estos procesos de apropiación territorial se vieron reforzados por incrementos importantes a nivel demográfico. Censos del siglo XIX muestran un aumento de la población comparada con la de finales del siglo XVIII, una concentración de población en la costa y un vacío en el interior del municipio “como si estuviera enteramente despoblado o ¿desconocido?” (Hoffman, 1999, p.27).





**Figura 3.** Población en Tumaco a finales del siglo XVIII, densa red de enclaves a lo largo de los ríos, entre los cuales se extienden vastos espacios vacíos y no controlados.

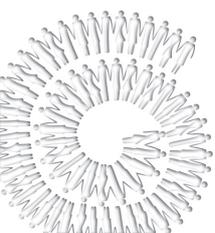
Fuente: Hoffman, 1999.



La construcción de fronteras socioterritoriales, de acuerdo con los estudios sociales del pacífico, emergieron cuando a mediados del siglo XX después de construida la vía que comunica a la costa con el interior de Nariño, la economía extractiva se volvió dominante conducida mayoritariamente por blancos y mestizos que empezaron a residir en la zona, insertando nuevas formas de apropiación del territorio en las que se incluye el comercio de exportación. Dos tipos de representaciones incidieron en esto: por una parte, según las representaciones de blancos y mestizos, la región era avizorada “como un espacio vacío de actores y poderes, un espacio soporte inerte, un espacio medio de producción o más bien de extracción todavía no apropiado y libre para las intervenciones” (Hoffman, 1999, p.48) o como “un puerto –enclave, que no responde al perfil de una región funcional; sino más bien de un espacio desorganizado y periférico, cuyo puesto dentro de la economía nacional es el de producir algunas materias primas, sobre todo madera y metales preciosos” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi, 1983, citado por Hoffman, 1999, p.47). Por otra parte, los habitantes de la región eran vistos como “fuerza de trabajo disponible para explotar” (Rojas y Sevilla, 1994, p.169) y no como sociedades que ya se han apropiado del territorio física y simbólicamente asegurando su subsistencia y reproducción, negando la multiculturalidad que en esencia define la región. Desde ambos tipos de representación, blancos y mestizos marginaron y neutralizaron la economía agrícola fluvial y el minifundio disperso que los nativos venían configurando en sus formas alternativas de asentamiento, desde finales del siglo XVIII (Villa, 2004; Hoffman, 1999; Aprile Gniset, 2004). Así, la población del pacífico nariñense quedó en situación de amenaza por la sociedad englobante.

Durante nuestra conversación, Roberto describió los matices y situaciones que esto provoca hoy:

Hoy en día uno no puede taparse los ojos y anular todo el modernismo y la conectividad que existe. Aterricemos a la realidad del mundo de hoy: hoy, un afrocolombiano o un indígena no viven con taparrabo ni viven en palenques. Están conviviendo con formas de explotación capitalista, con tecnologías. Echar reversa para que la gente le diga a uno: ‘bueno aquí vamos a vivir como ancestralmente vivían los abuelos’ ¡No! Pero ¿dónde están los medios y las estrategias para generar toda la infraestructura educativa, productiva, de tecnologías, de mercado para que todo esto empiece a darse? ¡No hay! [...]. Estas economías extractivas tradicionales, como la pesca, la ganadería y la madera hacen que estos pueblos vayan en un empobrecimiento terrible, no se generan procesos agroindustriales, ni encadenamientos productivos [...] No ha habido desarrollos diferentes a seguir extrayendo de la naturaleza hasta llegar a unos agotamientos terribles, mientras surgen otros tipos de economías paralelas. (Roberto García, antropólogo, 18 de julio de 2012).



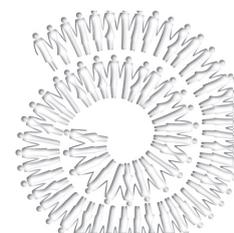
Lo que Roberto subraya son los efectos de las nuevas territorialidades sobre quienes habitan el lado periférico –en un país centralista– de las fronteras económicas, simbólicas culturales y políticas administrativas que hemos descrito hasta el momento. Los estudios socioterritoriales del Pacífico permiten entonces poner de manifiesto, las expresiones singulares de una tradición colonizadora “de más de dos siglos [que] si bien se inscribe en un fenómeno de dimensión socioterritorial nacional, presenta peculiaridades regionales [...]” (Aprile Gniset, 2004, p.280). Desde ahí, “la estructura relacional compleja de poder que se resume en las nociones de dominación, explotación y conflicto”, tal y como Anibal Quijano (2000, p.555) define la colonialidad, acentúa la dialéctica entre las fronteras en todas sus expresiones, la invisibilización del otro –incluso ante experiencias colectivas de sufrimiento extremo– y su opresión. Así, las fronteras adquieren, más allá del plano físico o material, connotaciones epistémicas que aquí denominamos *representaciones miopes* “practicadas” por quienes inevitablemente, por su propia situación de colonizados, dan por sentada la inexistencia del otro para olvidarlo o invisibilizarlo (tal y como ocurre entre Bogotá y Nariño, entre Nariño y Tumaco o entre “El Morro y el sector veredal”) o territorializarlo (tal y como ocurre entre el empresario vallecaucano o antioqueño con Tumaco y las economías extractivas)<sup>4</sup>.

### 3. Otras economías paralelas: la territorialización de la guerra y de la coca en Tumaco

Ahora bien, aunque Bogotá no mira a Nariño, Nariño no mira a Tumaco y El Morro no mira al sector veredal, sí han habido otros que los han mirado y hoy le dan una forma muy particular a la apropiación del territorio, a la organización político-administrativa, a la economía y a los procesos de colonización. En medio de esa “maraña de Ríos” o de esa “densa red de enclaves” hay corredores estratégicos para los circuitos comerciales del narcotráfico:

¿Por qué llegó la coca y encontró el terreno abonado para que muchos de nuestros pequeños agricultores y campesinos se vincularan a esta actividad? Por la única razón de que sus cultivos no le eran rentables y no le generaban los ingresos suficientes para vivir dignamente. La gente se involucró en actividades ilícitas porque sus opciones se han ido acabando desde la legalidad o la legitimidad como ciudadano. Los cultivos ilícitos tienen una génesis, unos por qué [...] Tumaco hace más de 25 años se volvió una sucursal de los carteles del Valle [se refiere al Departamento del

<sup>4</sup> Luis Fernando Botero, antropólogo ecuatoriano, parafraseando al antropólogo colombiano Carlos del Cairo subraya el carácter epistémico que toman estas fronteras en el Pacífico colombo-ecuatoriano: “Las fronteras simbólicas que matizan la estructuración de un sentido de la alteridad se condensan en las metáforas “blanco”, “mestizo”, “indio” y “negro”; estas fronteras simbólicas marcan una distancia cultural y una configuración espacial que construye diferencia y reafirma el sentido del “otro” o de “los otros” en un contexto de subordinación o subalternidad. En este sentido existen mecanismos para marcar fronteras simbólicas que transfieren al ‘otro’ unos valores que lo hacen culturalmente distinto y, en ocasiones inferior” (Cairo Silva, 2003, citado por Botero, 2008, p.10).



Valle del Cauca]. Todo el mundo se engolosinó con ellos, las autoridades también le hacían guiños, ellos alcanzaron a financiar alcaldes, concejales, [...], hoy no hay un sicario ni paisa, ni valluno pero los que hay sí son producto de lo que dejaron ellos (Roberto García, antropólogo, julio de 2012).

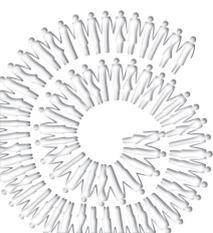
En ese momento Norvey, el ingeniero que acompañaba a Roberto, sacó un mapa de Tumaco en el que se especificaban los sitios de mayor concentración de cultivos de coca. Esta cartografía nos permitió distinguir, por un lado, la estrecha relación entre la coca y las minas antipersonal y, por otro, que los actores vinculados con la coca y la guerra estaban territorializando allá donde la gente de El Morro no mira: los asentamientos de un grupo indígena llamado el pueblo Awa:

Podríamos decir que en esa parte fronteriza, donde queda el río Nulpe (sur de Tumaco), esa es la zona minada. Aquí hay mucha presencia de población colona y hay población indígena. Las FARC<sup>5</sup> son los que controlan aquí. [...] Acá río arriba se convirtió en zona de siembra y laboratorios, las minas son un cerco, son puros blindajes, allá no se puede ir. [...] Los territorios de coca coinciden con la siembra de minas... Este es un territorio muy estratégico para la narcoguerrilla y el narcocultivo. La zona montañosa ya empieza a ser indígena fuertemente. [...] las condiciones para que llegara la coca ahí fueron ideales, la mayoría de la población ahí es indígena [...] Es que son hordas de personas trashumantes que van detrás de la coca y los negocios conexos a él, es que la coca no es solamente la matica en sí, sino que es todo lo que irradia eso, hay toda una cadena productiva detrás de ellos, porque saben cómo llegar a un agricultor, con la semilla, con la asesoría, con la comercialización. Como es tan fácilmente comercializable la coca que ahí se produce, en la orilla recogen las arrobos que transportan en caballo, luego se la llevan por el río y van hacia el mar ¡Qué es lo que hace que Tumaco esté como esté! Toda esta complejidad, toda esta maraña de ríos hace que esto sea estratégico para ellos moverse muy bien. Le llevan la pelea ganada pero lejos al ejército, a la naval, se conocen todo este territorio. (Roberto García, julio de 2012).

Después del encuentro con Norvey y Roberto de casi toda una mañana, nuestros esfuerzos se concentraron en ir más allá de la Costa Pacífica nariñense, ubicar al pueblo Awa y a las víctimas de minas antipersonal que seguían invisibles.

---

<sup>5</sup> Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Ejército del Pueblo o FARC-EP) es un grupo guerrillero colombiano. Su origen se remonta a la década de los sesenta del Siglo XX. Su influencia se extiende en aproximadamente veinticuatro departamentos de Colombia, entre los cuales se incluyen: Putumayo, Tolima, Nariño, Cauca y Valle del Cauca. Son partícipes del conflicto armado colombiano desde su conformación oficial en 1964. Sus acciones han involucrado la guerra de guerrillas, el narcotráfico, la minería ilegal, el uso de minas antipersonal, el asesinato de civiles, miembros del gobierno, policías y militares, el secuestro con fines políticos o extorsivos y atentados con bombas y armas no convencionales (cilindros de gas, animales bomba). El enfrentamiento entre la guerrilla y otros actores armados (como el Ejército y los grupos de autodefensa) han provocado desplazamientos forzados de civiles, reclutamiento de menores y la destrucción de infraestructura pública como puentes, torres de energía y carreteras.

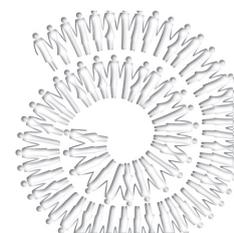


#### **4. Atravesando fronteras: el sector veredal y los asentamientos del pueblo Awa**

Después de atravesar el puente “El Pindo”, que une al casco Urbano de Tumaco con el continente, apareció frente a nuestros ojos una carretera sin quiebres, sin curvas, completamente recta bordeada por grandes extensiones de selva. De vez en cuando aparecían terrenos libres de maleza habitados por ganado y en otras ocasiones aparecían otros con cientos de remanentes de palma africana que quedaron de pie y que ahora pasan desapercibidos para la economía extractiva del Municipio. De repente, el protagonismo se lo llevaron kilómetros y kilómetros del oleoducto Trasandino que transporta crudo desde la costa de Tumaco hasta las alturas de la sierra nariñense.

Posteriormente, se dilucidó en el camino una gran base militar que, según Roberto, se había construido recientemente aunque de manera infructuosa porque “con eso no se logró controlar nada”. En ese momento la selva desapareció de la vista y en cambio aparecieron trincheras al lado izquierdo y al lado derecho de la carretera en la cual se desplegaban hileras de barriles, que obligaban a los vehículos a bajar la velocidad y a transitar en forma de zigzag. En medio de este escenario listo para la guerra, se veían soldados de la fuerza pública caminando, algunos con fusiles y otros sin ellos hasta que desaparecieron. Nuevamente, la selva se apoderó de la panorámica en la carretera Tumaco–Pasto, circulábamos a no más de 200 metros sobre el nivel del mar. A la altura del Corregimiento de Caunapí encontramos de manera intermitente camiones del Ejército de montaña parqueados en la carretera y poco después la población con mayor movimiento comercial encontrado durante todo el trayecto me anunció que nos estábamos aproximando al Corregimiento de Llorente.

Cuando llegamos a Llorente encontramos locales desplegados a lado y lado de la carretera. Motos, taxis, vehículos particulares y camiones formaban trancones en la única vía pavimentada de la zona, la que conecta a Tumaco con Pasto. Música a todo volumen, cantinas, prostíbulos, supermercados, discotecas, carnicerías, hoteles, almacenes de computadoras y electrodomésticos, droguerías, bombas de gasolina y restaurantes para no extendernos más, se conglomeraban en unos pocos kilómetros. La evidente y amplia circulación de dinero en un tramo de carretera tan estrecho y no muy largo, nos permitió evidenciar la presencia campante y potente del mercado de la coca que encontró el terreno abonado para expandir sus circuitos comerciales entre el mar, la costa y el piedemonte andino nariñense.





A dos horas de este bullicio, selva adentro, encontramos el primer resguardo indígena del pueblo Awa<sup>6</sup> y los primeros casos de víctimas por campos minados. Sus asentamientos, caracterizados por múltiples procesos migratorios hacia zonas inhabitadas y de difícil acceso, les permitieron resistirse frente a los múltiples procesos de colonización y recrear sus formas de organización de vida y su reproducción social y cultural.

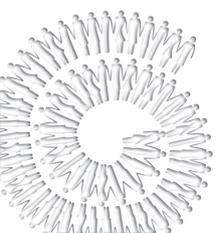
**Figura 4.** Franco, Angélica. (2012). Casa tradicional indígena elaborada con madera de chonta y techo de paja. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/49616/1/31447376.2015.pdf>

## CONCLUSIÓN

Describir las experiencias de sufrimiento y de reconstrucción de la vida diaria identificadas en Tumaco, como lo hemos abordado indirectamente a lo largo de este artículo, desborda los alcances y promesas de la presente contribución. Sin embargo, sí es imperativo reflexionar alrededor de cómo estas fronteras de orden simbólico toman parte en el recrudescimiento de la precariedad humana o en la distribución diferencial de esta, como lo diría Judith Butler (2009). En contextos en los que la lógica de la frontera neutraliza la posibilidad del reconocimiento y de la empatía, urgen acciones que permitan hacer perceptible la radicalidad del sufrimiento del otro. Las siguientes conclusiones constituyen reflexiones, que esperamos contribuyan con la desestabilización de dicha lógica.

La primera, está relacionada con las tres miopías que hemos evidenciado: *Bogotá no mira a Pasto*, la capital del departamento de Nariño. *Pasto no mira a Tumaco*, en la costa Pacífica nariñense y *Tumaco no mira a las zonas veredales*, en el piedemonte. Asumimos aquí estas miopías como formas que se reproducen a sí mismas, históricamente orquestadas, que responden a una lógica clasificatoria de negación del otro y de lo otro

<sup>6</sup> Hasta 1991, el grupo indígena awá, perteneciente a la familia lingüística chibcha, fue denominado cuaiquer o kwaiker. Según Cerón (1992), este fue el nombre referido por los cronistas y asignado por los españoles debido a las cercanías de su localización con el río Cuaiquer, actualmente denominado río Gúiza. El cambio del nombre de cuaiquer a awá (gente en awápit) respondió al uso del derecho a la autodeterminación ejercido por los indígenas gracias a la estructura de oportunidades que abrió la Constitución de 1991 en Colombia. De acuerdo con Cerón (1992), actualmente sus asentamientos se encuentran ubicados en áreas fluviales que incluyen la cabecera del río Telembí, el río Nulpe y el río San Juan en la frontera con el Ecuador; y en zonas de carretera que incluyen los costados norte y sur de la vía que atraviesa el corregimiento de Llorente en Tumaco, la carretera al municipio de Barbaçoas (Nariño) y lugares aledaños al corregimiento El Diviso en la carretera que va hacia Tumaco.



y como algo que parece ser la característica más protuberante de una colombianidad fracturada. La segunda, está asociada con una lógica de la frontera en los registros de lo político-administrativo, lo económico, lo territorial y lo simbólico, en donde estas cuatro formas han dado lugar a procesos de territorialización que en Tumaco se han centrado y se han nombrado en función del narcotráfico y de la guerra, con sus subsecuentes reforzamientos de la precariedad y la desigualdad. Y la tercera, está vinculada a la detección de una falla estructural en la comprensión de los territorios en Colombia, nos lleva a considerar que dicha falla se deriva de una historia político-administrativa signada por el centralismo y la toma de decisiones que afectan a los territorios locales desde Bogotá, la capital, desconociendo y haciendo muy difícil una gobernabilidad territorial a la altura de los desafíos que hay más allá de las ciudades capitales de este país.

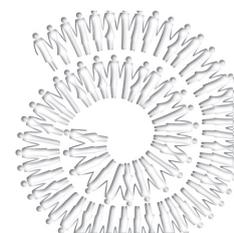
En el marco del centralismo, las tres miopías –Bogotá no mira a Pasto, Pasto no mira a Tumaco y Tumaco no mira a las zonas veredales– se han podido nombrar y describir de manera empírica. Mirar con indiferencia no es mirar completamente. Este *no mirar* se vincula de manera dialéctica con una realidad que es palmaria en Colombia: existen ciudadanías de primera y de segunda categoría. Y como si se tratara de una realidad geométrica, cuánto más cerca nos encontremos del centro, de Bogotá, en el orden de una proximidad indisociablemente física y simbólica, más posibilidades habrá de ser concebido como un ciudadano de primera; y, cuánto más distantes nos encontremos del centro, hay serios indicios de que se es clasificado y tratado como ciudadano de segunda; un problema analizado ampliamente a nivel latinoamericano (Hobbsbawm, 2010; Lomnitz, 2010).

Desde este contexto –el de la lógica de la frontera y la clasificación de los colombianos en ciudadanos de primera y de segunda–, la declaración de ciertas zonas denominadas de alto riesgo, como Tumaco, nos invita (pero habría que resistir a ello) a cerrar los ojos ante las tierras de nadie, los territorios de la guerra, las zonas calientes del narcotráfico, o las zonas rojas, como las llamaría lúcidamente la antropóloga colombiana Margarita Serje (2005).

Colombia sufre los embates de un centralismo que se resiste a los procesos de desconcentración del poder de Bogotá. Estos intentos de descentralización parecen tímidos de cara a los desafíos acentuados por el conflicto armado y por las promesas que el Estado anunció con la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras de 2011 y con los acuerdos de paz firmados en 2016 entre el Gobierno de Colombia y la Guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)<sup>7</sup>. Este centralismo, que

---

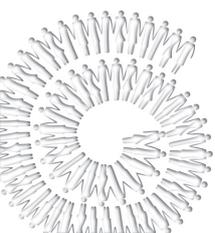
<sup>7</sup> Dichas promesas incluyen medidas judiciales, administrativas, sociales, individuales y colectivas que buscan “reivindicar la dignidad humana y asumir la ciudadanía plena de las víctimas” del conflicto armado para su reparación integral. Estas medidas, según la Ley, deben incorporar un enfoque de derechos, de acción sin daño y de territorio (Congreso de la República de Colombia, 2011).



ha conducido al (des)gobierno de los territorios locales en Colombia, revela una falla estructural. Dicha falla está en el origen de la incapacidad con la que hoy se concibe y no el reconocimiento y la administración de los territorios, de quienes lo habitan y de los sufrimientos humanos étnicamente diferenciados de las periferias –más allá de las fronteras instauradas– y de lo cual este artículo es una evidencia.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agier, M.; Álvarez, M.; Hoffmann, O. y Restrepo, E. (1999). *Tumaco: haciendo ciudad: Historia, identidad y cultura*. Bogotá: ICANH.
- Aprile-Gnisset, J. (2004). Apuntes sobre el proceso de poblamiento del Pacífico. *Panorámica afrocolombiana*, 269.
- Botero Villegas, L. F. (2008). Los Awá y sus "relaciones religiosas fronterizas". *Indiana*, (25).
- Butler, J. (2009). *Frames of war*. Londres: Verso
- Cerón, B. (1992) El grupo indígena Awa Kwaiker. En *Geografía Humana de Colombia Región del Pacífico*. Santa Fe de Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Congreso de la República de Colombia. (2011). *Ley de Víctimas y Restitución de Tierras*. Bogotá: República de Colombia.
- Entrevista. (2012). Entrevista a John Jairo, afrodescendiente, 23 años, Tumaco, 18 de julio de 2012.
- Franco Gamboa, A. (2013a). Experiencias de violencia y de restitución en sobrevivientes de minas antipersonales en el Magdalena Medio colombiano. *Revista Colombiana de Antropología*, 49(1), 153-176.
- Franco Gamboa, A. (2013b). Daño y reconstrucción de la cotidianidad en covíctimas y sobrevivientes de minas antipersonal en Colombia. *Nómadas*, (38), 115-131.
- Hobsbawm, E. (2010). Nacionalismo y nacionalidad en América Latina. En P. Sandoval (comp.), *Repensando la subalternidad: Miradas críticas desde/sobre América Latina*, (pp. 311 - 326). Lima: Envién Editores.
- Hoffmann, O. (1999). Sociedades y espacios en el litoral pacífico sur colombiano (siglos XVIII - XX). En M. Agier; M. Alvarez; et al., *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, identidad y cultura*. Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH): Universidad del Valle.
- Lomnitz, C. (2010). El nacionalismo como un sistema práctico. La teoría del nacionalismo de Benedict Anderson desde la perspectiva de la América española. En Pablo



- Sandoval (comp.), *Repensando la subalternidad: Miradas críticas desde/sobre América Latina*, (pp. 327-370). Lima: Envi3n Editores.
- Restrepo, E. (1999). Hacia la periodizaci3n de la historia de Tumaco. En M. Agier; M. Alvarez; et al. *Tumaco: haciendo ciudad, Bogot3, Instituto Colombiano de Antropolog3a e Historia IRD*, (pp- 54-86), Universidad del Valle.
- Restrepo, E. (1999). *De montes, r3os y ciudades: territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Bogot3: Fundaci3n Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropolog3a.
- Quijano, A. (2000). Coloniality of Power, Eurocentrism, and Latin America. *Nepantla: Views from South*. 1(3).
- Serje, M. (2005). El rev3s de la naci3n. *Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogot3: Universidad de los Andes.
- Villa, W. (2004). *Panor3mica Afrocolombiana. Estudios sociales en el Pac3fico*. Bogot3: Instituto Colombiano de Antropolog3a e Historia -ICANH- y Universidad Nacional de Colombia.
- Villareal, C. A. (1986). *La crisis de la supervivencia del pueblo Aw3*. Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales.
- Z3niga, E. (2002). *Nari3o, cultura e ideolog3a*. Pasto: Graficolor.

